

Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Humanidades
Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad
Programa de Posgrado en Urbanismo
Palacio de la Escuela de Medicina
Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México

**Seminario Permanente
“Centro Histórico de la Ciudad de México”**

Décima Sesión

1 de junio de 2010 - 17:00 horas

**“Pasado, presente y futuro del
Centro Histórico de la Ciudad de México”**

Ponentes:

Dr. Xavier Cortés Rocha
Dra. Mónica Cejudo Collera

Profesores de la Facultad de Arquitectura
de la Universidad Nacional Autónoma de México

Lugar:

Salón de los Profesores Eméritos
Palacio de la Escuela de Medicina
Brasil Núm. 33 (frente a la Iglesia de Santo Domingo)
Centro Histórico de la Ciudad de México



PALACIO DE LA ESCUELA DE MEDICINA
FACULTAD DE MEDICINA UNAM



*Con eso... serás verdadero...
Con eso se hablará de ti,
Se te alabará,
con eso te darás a conocer”.*

Fragmento del poema de los libros de Huehuetlatolli
(Recopilación de testimonios indígenas que contienen normas de
conducta, visión moral y las creencias del pueblo mexicana)

Introducción

El Centro Histórico de la ciudad de México ha sido producto del trabajo urbanístico, arquitectónico y social de muchas generaciones. Es una estructura que se ha conformado por los elementos formales, la arquitectura, las plazas y circulaciones, y por los estilos de vida de las sociedades que lo han habitado y que lo han considerado como digno de preservarse. Es decir, el Centro Histórico es producto y a la vez determinante de la arquitectura y de los modos de vida, esta estrecha relación no permite que se conciba la una sin los otros.

El desafío que enfrenta el Centro Histórico de la ciudad de México dejó de ser, hace tiempo, solo el de su conservación. Los tiempos que corren exigen la incorporación de todos nuestros acervos y de todas nuestras capacidades para su transformación en los próximos años.

El estudio del Centro Histórico, su historia, trazo, transformación y apropiación, conforma el análisis que busca integrar los conceptos utópicos hacia una aproximación urbana y arquitectónica que sea el precedente para identificar la concepción del centro histórico ideal, como fragmento, que ilustre o ejemplifique el devenir de la ciudad de México.

La tendencia natural del ser humano a superar la realidad existente, característica misma del impulso utópico, lo lleva a idealizar sus recuerdos y depositar ilusiones en el porvenir. Una utopía no se limita a ser la construcción imaginaria de un mundo posible sino que es una forma de percibir y analizar la realidad contemporánea y, por qué no, permite también trascender el momento histórico.

Si utopía significa lugar que no existe, entonces la importancia de la utopía consiste en su capacidad de abrir posibilidades. Tomás Moro inventó el término de utopía para poder recuperar idealmente la antigua

idea de ciudad, de ciudad ideal y de este pensamiento surgen los proyectos del futuro guiados por ideales que pueden inspirar las acciones a seguir en los próximos años para conducir el devenir del Centro Histórico.

No ha habido época en que las ciudades no cambiaran de aspecto o no experimentaran transformaciones radicales; no olvidemos que las guerras, los incendios, inundaciones y los terremotos son también poderosos agentes del urbanismo.

El Centro Histórico ha sufrido, desde sus inicios de ciudad lacustre, operaciones de demolición en aras de las exigencias del progreso. Así, lo nuevo sustituye a lo viejo y las generaciones han visto como, sucesivamente, la ciudad pierde edificios, calles y hasta barrios completos.

Semejante actitud, movida por el poco aprecio por los vestigios dignos de permanecer en el casco histórico de nuestra ciudad y donde pareciera sentirse indiferencia por los edificios emblemáticos de una cultura nacional que, por el contrario, urge defender. También las consideraciones de índole social desempeñan un papel importante.

Mal conservado, sobre poblado, insuficientemente atendido por los servicios de mantenimiento, o por las leyes que hacen de la pertenencia de la arquitectura histórica un peso, más que un orgullo.

El Centro Histórico, y sus habitantes, parecen ocupar indebidamente un espacio que resulta poco rentable. Continuamente es necesario restaurar centenares de edificios, rehacer kilómetros de redes de servicios urbanos y dotarlo de mejores condiciones de habitabilidad.

Sin embargo, una operación de ese tipo, aunque produzca un alza de los valores inmobiliarios, resulta deficitaria, lo que se considera inadmisibles desde la perspectiva financiera. En cambio, las operaciones de demolición para la renovación urbana, parecen infinitamente más rentables.

Por último, la causa más frecuente de las demoliciones de las que fue objeto el centro histórico radica en los postulados mismos de un urbanismo para el cual los imperativos de la circulación deben prevalecer sobre cualquier otro tipo de consideraciones. En función de éstas; abrieron en el núcleo histórico de la ciudad calles para reducir los embotellamientos, se construyeron avenidas para poder recorrerla y, a

pesar de todo, y por fortuna de los mexicanos, lo esencial ha quedado a salvo; los monumentos y un paisaje urbano histórico que por su abuso se presenta como desorganizado y desfigurado.

Las autoridades locales y federales y la sociedad en su conjunto se han preocupado por preservar el Centro Histórico y han logrado salvar una buena parte de los bienes culturales, sin embargo, en estos momentos, la justificación para su salvaguarda tiene que incluir razonamientos políticos y sociales que garanticen el provecho de la colectividad.

El Centro Histórico, representa el reto más interesante de la síntesis integradora de arquitectura, paisaje, diseño urbano y apropiación del espacio público en nuestro país. De ahí que las reflexiones que aquí se expondrán pretendan inducir la aceptación del desafío que consiste en enriquecer este Centro Histórico con la arquitectura de la modernidad; hacer conciliar la tradición con los tiempos actuales, y la aventura creativa de concertar las aportaciones contemporáneas con las evidencias constructivas de las generaciones que nos antecedieron.

Es claro también, que una aproximación urbana al Centro Histórico permite la comprensión de su vida pública ciudadana, la cual se conjuga de manera particular en sus calles, plazas y edificios para esbozar los posibles esfuerzos y tareas a realizar para lograr su consecuente renovación y que garanticen su conservación.

El análisis de su historia, trazo y construcción permite, además, resaltar las principales características y cualidades de los materiales, alturas, estilos que hacen hoy del Centro Histórico parte del patrimonio de la Humanidad por la UNESCO y proponer una posible solución para su conservación.

Se trata de plantear nuevas ideas para darle continuidad al rescate del Centro Histórico con base en una propuesta original, la de retornar al origen, es decir, volver a la ciudad, a la simplicidad de las primeras soluciones, a la ciudad ideal, utópica y por qué no, "volver al cuidado de las cosas de la tierra."

El desarrollo histórico de siete siglos del Centro Histórico se ha caracterizado por el cambio, el crecimiento acelerado y por las particularidades de su ubicación geográfica, en un islote, en el lago y sus alrededores.

El Centro Histórico ha sido el núcleo de varias ciudades distintas: en sus inicios, los poblados se asentaron alrededor del lago hasta 1324 a la

Llegada de los aztecas y fundación de Tenochtitlán; a partir de la Conquista Española y hasta la Independencia, en 1810, los habitantes del México virreinal desarrollaron una ciudad monumental imponente.

La ciudad moderna de los cuarenta y cincuenta con sus rentas congeladas, con el impacto de la salida de la Universidad y de los legisladores, la desconcentración del comercio, de los servicios, y el abandono de los profesionistas, la salida del mercado de abastos y el despoblamiento habitacional. Y la ciudad de México actual que se ha rebasado todos sus límites y se ha convertido en una de las metrópolis más grandes y complejas del mundo.

Tenochtitlán

El recorrido histórico de este centro de la ciudad inicia a la llegada de los españoles, en 1521, en que la organización urbana de la gran Tenochtitlán estaba conformada por un núcleo ceremonial con los templos de los que destacaba el conjunto del Templo Mayor y las Casas Reales rodeados por suntuosos jardines.

Del núcleo partían hacia los cuatro puntos cardinales, las principales calzadas que limitaban cuatro cuarteles en los que se distribuía la población. A su vez estos sectores se dividían en barrios formados por manzanas. Las calles formaban una retícula dividida por las calzadas que, además de comunicar con tierra firme, funcionaban a veces como diques o acueductos. Aunque las cifras varían, se estima que para entonces Tenochtitlán tenía 300,000 habitantes.

Tenochtitlán se desarrolló de tal manera en escasos dos siglos que se convertiría en el corazón de un vasto imperio que llegó a controlar ambas costas y buena parte de Mesoamérica. Para los mexicas era la ciudad donde la realidad y el mito convivían, donde se encontraba el centro fundamental de su cosmovisión y el lugar por donde se llegaba tanto a los niveles celestes como al inframundo: el Templo Mayor de Tenochtitlán.

Las descripciones de los cronistas y del propio Hernán Cortes relatan que Tenochtitlán era una ciudad de puentes y canales, a la que se sumaban la fragancia y la frescura de los huertos, de los jardines sombreados por los ahuehetes y ahuejotes.

Tenochtitlán con el aire fino y transparente; era la ciudad más hermosa

creada por el hombre. La ciudad jardín, nacida de las aguas, estaba construida con barro amasado, cal y tezontle, materiales constructivos para edificar sobre suelo blando y artificial, y cimentaciones a base de estacados. El aspecto de la ciudad lo conformaban construcciones más bien bajas, exceptuando los templos, y con los muros encalados y pintados de diversos colores situadas en cinco lagos interconectados poblados de aves, reptiles y mamíferos.

Pero Tenochtitlán esperaba su fin. Entre las diversas premoniciones que le fueron reportadas a Moctezuma II Xocoyotzin acerca de la inminente llegada de los españoles y de la inevitable ruina de su imperio, se escuchaba por las calles y canales de la gran Tenochtitlán, el gemir de una mujer, cuyos hijos sufrirían una terrible muerte. A partir de esa premonición, la llorona se dejó oír durante todas las catástrofes, inundaciones y terremotos.

México-Tenochtitlán

Cuando se consolidó la conquista de México, Hernán Cortés tomó la gran decisión de conservar el asiento y darle vida a la nueva ciudad, México – Tenochtitlán, bajo formas de organización social, política y urbanística totalmente diferentes para que los naturales volvieran a la antigua metrópoli. Entre ellos había carpinteros, canteros, plateros, albañiles que habían sufrido la derrota y el arrasamiento de la ciudad que habían construido, y ahora trabajarían para levantar la nueva ciudad a la usanza española.

En palabras del cronista Francisco López de Gómara “reedificó, lo que deshizo, destruyó ídolos pero no arrasó templos”, y así nació la nueva capital sobre las ruinas de Tenochtitlán.

Para Eduardo Matos, los templos mexicanos fueron destruidos y sus piedras fueron utilizadas en la construcción de las primeras casas y conventos coloniales. Las esculturas de los dioses antiguos fueron transformadas en bases y capiteles de la arquitectura de la Colonia. Un nuevo orden y un arte distinto sustituyó al antiguo y la ciudad se transformó.

Según Guillermo Tovar, en esta ciudad de transición coexistían las casas de los caciques, los Teocallis semidestruidos y la casa fortaleza de Cortés al lado de una modesta catedral y unas cuantas casas de españoles. En el trazado de la ciudad de México, el alarife Alonso García Bravo recibió el encargo de realizar la “traza”, tarea en la que fue ayudado por Bernardino Vázquez de Tapia y por dos indígenas.

García Bravo conservó la mayor parte de la antigua plaza central de la capital azteca además de las grandes calzadas y los canales. Aunque sus calles son rectas y se cruzan en ángulos rectos, no conforman un damero exacto, debido a que las calles al este y al norte de la plaza central no guardan completa correspondencia. Aparentemente no se realizó el trazado de damero perfecto debido a que Cortés deseaba conservar tanto el antiguo como el nuevo palacio de Moctezuma, en los lugares que ocupan actualmente el Palacio Nacional y el Monte de Piedad.

El difícil trabajo encomendado a García Bravo debía contar con las limitaciones del terreno y la imposición presentada por el trazo mexicana; así García Bravo concedió mayor atención y preferencia a las plazas ya que en ellas se desarrollaría la vida pública de los nuevos habitantes y además éstas estaban ya insinuadas en las que tuvo Tenochtitlán.

A partir de 1537, ante la amenaza de un levantamiento, el virrey don Antonio de Mendoza decide fortificarla a la manera renacentista: en lugar de usar torreones, muros y fortalezas habitadas por conquistadores, hace las calles anchas para que las recorran los caballos y cambia su orientación para asolearla, iluminarla y ventilarla adecuadamente. El mapa de Uppsala y los diálogos de Cervantes de Salazar describen a la Ciudad Imperial como el sueño de los humanistas de Occidente.

La Cédula Real de Felipe II, que normó la disposición de las ciudades españolas en el continente recién descubierto, claramente determinaba la traza urbana y la ubicación de las plazas, así como la localización de los principales edificios: iglesia, ayuntamiento y mercado. Dichas reglas coincidían con las ideas renacentistas de Leonne Batista Alberti.

A partir de esta estructura, la ciudad se transformó rápidamente. Por un lado se construyeron las primeras casas y palacios de los españoles todavía semi fortificados, y por otro, se iniciaron las obras de los grandes monumentos religiosos.

Las calzadas, si bien heredadas de la ciudad mexicana, destacaban por su ancho extraordinario y la calidad de su ejecución. Cervantes de Salazar escribió refiriéndose a la calzada de Tacuba, que a pesar de tener el acueducto al centro de cada lado podían cruzarse dos carros y el ideal clasicista de ciudad está igualmente descrito en sus descripciones que hablan de la riqueza de los adornos a base de casetones el interior de los techos de templos y claustros.

“Los viajeros que visitaron la Ciudad de México desde mediados del siglo XVI celebraban la amplitud de su plaza mayor, la nobleza de sus edificios y la anchura de sus calle rectilíneas. Era la ciudad de cierta importancia que, apoyada en el esquema indígena y siguiendo la concepción tradicional de los urbanistas españoles, lograba ser un arquetipo de la ciudad moderna reticular.”

José Luis Martínez

*“Mientras permanezca el mundo,
no acabará la gloria de
México- Tenochtitlán.”*

Domingo Cuauhtleuanitzin Chimalpain

Ciudad virreinal

El Siglo XVII y los intentos por contener el agua

La ciudad de México representó, desde sus inicios, uno de los más notables esfuerzos humanos para construir por las condiciones adversas del lugar y del terreno. Los inicios del siglo XVII sorprendieron a la población empeñada en solucionar problemas con las cañerías y en la construcción de pilas públicas para el agua.

El agua era conducida a través de dos acueductos: el de San Cosme, iniciado en 1603 y terminado en 1620, traía el agua de Santa Fé. El acueducto atravesaba la Tlaxpana donde existió una fuente del mismo nombre y terminaba en la fuente de la Mariscalá. El acueducto de Chapultepec terminaba en la fuente del Salto del Agua, la cual funcionó hasta 1895.

Con motivo de las inundaciones que sufrió la ciudad en este siglo, en 1607 se iniciaron importantes obras del desagüe. La inundación de 1629 duró cinco años, lo que contribuyó a que desapareciera casi toda la arquitectura del siglo XVI.

La ciudad de los campanarios y las cúpulas, la de calles empedradas, la ciudad que en el notable plano de Juan Gómez de Transmonte, aparece como un damero que ha surgido del agua, es la de 1628.

En el plano es notoria la línea del albarradón de San Lázaro que establece una separación muy precisa del área urbana y el agua de la que surgen,

como islotes, los peñones, y más allá, cerrando el horizonte se eleva la sierra con los volcanes. En el plano se ve la ciudad lacustre invadida de canales, de acequias, de zanjas, de lagunillas, que se abre hacia los prados y las arboledas del poniente.

Se destaca también el acueducto y la Plaza Mayor. Los límites son Santiago Tlatelolco al norte, San Lázaro, Santa Cruz y Soledad al este, Monserrat al Sur y San Fernando al oeste.

Es en la Plaza Mayor de la ciudad virreinal, frente al palacio de los virreyes, donde estuvo la picota y la horca, en la que criminales y herejes fueron ejecutados. La gran plaza, escenario de convulsiones y de vida cotidiana, era el corazón de la ciudad y las edificaciones que la enmarcaban con portales, en la planta baja, completaban el espacio abierto que se preservó de la gran Tenochtitlán.

La Alameda Central, desde finales del siglo XVI, fue el espacio destinado al esparcimiento. Las hectáreas permitían el recreo de los ciudadanos con árboles, fuentes y esculturas.

Las Plaza Mayor y esta Alameda, son quizás, los espacios abiertos más antiguos que aún se conservan; sus dimensiones y calidades son patentes y son fieles testimonios de que el encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo produjo una ciudad admirable.

La ciudad ya había adquirido notoria importancia, no sólo como cabeza de la Nueva España, sino también, porque su población alcanzaba los 100.000 habitantes; la capital era una ciudad de contrastes: dentro de la traza urbana se encontraban soberbios edificios de grandes zaguanes, enormes patios y largos corredores; el lujo era común. En cambio fuera de la traza, en los barrios y en los suburbios, se encontraban hacinadas las habitaciones de los indios y algunas chozas se ubican en tierras pantanosas.

México en el siglo XVIII

A decir de Gisela von Wobeser:

México era una de las ciudades más grandes y bellas del mundo. Su entorno geográfico era magnífico, ya que estaba situada en medio del gran altiplano y rodeada de montañas y lagos.

La arquitectura de la ciudad era soberbia. Consistía, en su mayor parte, de

grandes construcciones que, en ocasiones, conformaban manzanas enteras. El interior de las suntuosas iglesias estaba cubierto de retablos y portadas de los estilos barroco y churrigueresco, que con sus atrios y sus torres, rompían la monotonía y eran testigos de la gran calidad y creatividad de los arquitectos novohispanos.

Casi todos los palacios tenían dos pisos, lo que producía una sensación de unidad. Los edificios podían ser de piedra, tabique y adobe, con techos de terrado sobre viguerías.

Al ser la ciudad de México el centro político, financiero y cultural más importante de Nueva España, los edificios servían de vivienda a los habitantes de la ciudad y también albergaban a las instituciones políticas y culturales y a los comercios. Es la ciudad del auge económico, artístico, social y religioso de Pedro de Arrieta y Miguel Custodio, y de Jerónimo de Balbás y Francisco Guerrero y Torres, así como de muchos otros notables arquitectos.

Los patios de los edificios de la ciudad casi siempre contaban con columnas de cantera, y en la parte superior formaban bellos corredores y galerías. Los portones y las ventanas eran de madera y para su protección tenían bellas rejas de hierro.

En las fachadas que daban a la calle las accesorias de taza y plato se utilizaban como locales comerciales, como talleres artesanales o como viviendas. Generalmente no tenían comunicación con el interior del edificio y sólo se podía acceder a ellas a través de la calle. Estos locales los utilizaban los artesanos o los pequeños comerciantes que instalaban el taller en la planta baja y vivían en el tapanco.

La puerta en las residencias señoriales, se enmarcada con el máximo esplendor decorativo y alternaba con los grandes espacios desnudos, con puertas y ventanas de proporción vertical que establecieron los rasgos de unidad que se hoy se aprecian en el Centro Histórico.

Juan Vicente de Güemes Padilla Horcasitas y Aguayo, segundo conde de Revillagigedo fue quizá el mejor virrey que tuvo Nueva España, y gobernó desde 1789 a 1794. Revillagigedo procuró desagüe y atarjeas en las calles, las mandó empedrar, instaló alumbrado público, estableció el servicio de limpia y recolección de basura e hizo numerar las casas. Ordenó el embellecimiento de paseos, plazas y alamedas e introdujo los coches de alquiler. Organizó, también el servicio de policía, tanto el diurno, como el que por las noches prestaban los llamados serenos.

El espacio de la ciudad fue modificado por la reforma urbana llevada a cabo por el agrimensor, arquitecto y maestro mayor de la ciudad. Ignacio Castera, quién presentó un proyecto para establecer una zanja que limitara a la ciudad para evitar la evasión de impuestos y el contrabando que tanto afectaba las finanzas de la Corona. El plano presenta una ciudad con manzanas rectangulares y perfectamente trazadas.

El decreto de 1826 ordenó la supresión de la heráldica esculpida en las fachadas, y destruyó gran cantidad de escudos, que de haber permanecido, constituirían un elemento más de la unidad del conjunto del Centro Histórico.

Ejemplo magnífico de la arquitectura civil virreinal es el palacio de los condes de Santiago de Calimaya, cuya ornamentación exterior pertenece, en su mayor parte al siglo XVIII, aunque tiene elementos que datan de los primeros tiempos de la Conquista. El fragmento de la escultura azteca, utilizado como piedra angular, se presume que fue colocado por Hernán Cortés, en el hoy Museo de la ciudad de México.

El uso del tezontle, de cantera y los relieves de estuco hechos a base de patrones y empleados en la decoración de los muros, realzan el carácter autóctono de la arquitectura de la época virreinal. La influencia morisca en esta arquitectura propició la profusión del uso de azulejos que han servido, precisamente, para introducir en la decoración formas claramente mexicanas.

El estilo arquitectónico se unificó en un barroco mexicano de arcos quebrados, y columnas salomónicas con los entablamentos curvos y una profusión de adornos florales.

Y con este estilo se construyeron un gran número de inmuebles de arquitectura civil: La Aduana, la Casa de Moneda, las portadas de la Universidad y de arquitectura religiosa: la Catedral, 64 templos, 50 capillas, 52 conventos, 13 hospitales, los hospicios, el Palacio de la Inquisición la Inquisición y el Arzobispado. Por algo el periodista inglés Charles J. Latrobe la denominó "Ciudad de los Palacios."

*“Vegetación de cúpulas azules y campanarios blancos,
muros color de sangre seca, arquitecturas: Festín de formas, danza
petrificada bajo las nubes que se hacen y se deshacen y no acaban de
hacerse, siempre en tránsito hacia su forma venidera.*

*Piedras ocreas tatuadas por un astro colérico, piedras lavadas por el
agua de la luna; La luz anclada en el atrio del templo y el lento oleaje
de la hora vencida puliendo cada piedra, cada arista, cada
pensamiento hasta que todo no es, sino una transparencia
insensiblemente disipada;”*
Octavio Paz

Siglo XIX

A partir de los primeros años del siglo XIX, en la ciudad de México tuvieron lugar algunos de los acontecimientos más importantes de la historia nacional.

Que van desde las luchas armadas para conseguir la Independencia y más tarde defender la Soberanía Nacional en contra de los intereses extranjeros, hasta el triunfo de la República y de la Revolución Mexicana.

El paseo de Bucareli se diseñó, por órdenes del Virrey Bucareli, sobre una calzada ya existente, ubicada en el Poniente de la Ciudad y que corría de Norte a Sur, comenzando a la altura de lo que hoy es el cruce de Paseo de la Reforma y Bucareli, donde se levantaba el Coliseo Nuevo y llegando hasta los Arcos de Belén, hoy Avenida Chapultepec.

El paseo nuevo tenía dos hileras de árboles a cada lado de la vía para el disfrute de los paseantes y tuvo tres grandes glorietas con fuentes, (dos atribuidas a Manuel Tolsá y otra a Lorenzo de la Hidalga.) El paseo de Bucareli fue uno de los paseos más famosos y concurridos de la ciudad de México hasta todavía entrado el Siglo XIX.

La ciudad después de la Independencia y la Arquitectura de la Época Porfiriana

Después de la Independencia, en la primera mitad del siglo XIX, la ciudad no registró crecimiento alguno. Cuando se instauró el neoclásico la cantera reinó y el tezontle cayó en desuso. Los palacios se volvieron severos y grandiosos.

En 1851 comienza la reforma urbana de la ciudad de México, aunque todavía bajo manifestaciones tímidas que conservaron la traza. Las Leyes de Reforma, dictadas en 1859, facilitaron la destrucción de los viejos núcleos urbanos. Así desaparecieron notables conjuntos y mutilaron casi todos: San Francisco, Santo Domingo, La Merced, San Agustín, y los conventos de monjas y hospitales, cuyos terrenos pasaron a manos de especuladores.

Algunos de los edificios religiosos fueron convertidos en bibliotecas, colegios, hospitales y vecindades. Una mejora importante fue la demolición ordenada por el Presidente Santa Anna del mercado El Parían en 1843 que liberó la Plaza de la Constitución.

A partir de 1858, la ciudad comenzó a crecer de nuevo y a dejar atrás muchos de sus rasgos coloniales para incorporarse a la modernidad. El Centro se fue dejando por la creación de nuevos fraccionamientos a lo largo del Paseo de la Reforma que ocasionó la ruptura de la regularidad de la traza y dio lugar a la segregación de la población. Las clases altas se ubicaron en los suntuosos palacios y las clases populares se establecieron en vecindades.

La ciudad de los años anteriores a 1867 era la Ciudad de Casimiro Castro o de Pedro Gualdi. La ciudad de México comienza a ensancharse fuera de su antiguo recinto trazado en 1861, primero con el barrio de Santa María la Ribera; en 1880, con las colonias de Guerrero y la Teja y después con la de San Rafael.

En la última etapa porfiriana, continuó la salida del viejo barrio con la creación de las colonias Juárez, Condesa, Roma y Cuauhtémoc.

Una nueva arquitectura sustituye edificios y ocupa solares vacíos. Se construyeron edificios que son notables expresiones de los estilos neoclásico y ecléctico y desde 1900 hasta 1910 domina el estilo Art Nouveau.

El ahora transformado, Centro Mercantil – actual Hotel de la Ciudad de México- y la Casa Requena –ahora desaparecida-, son buenos ejemplos de un arte aprendido a través de los modelos, revistas y libros en Bruselas, Viena, París y Barcelona.

Los arquitectos Guillermo de Heredia con el Monumento a Juárez y Mauricio Campos con la Cámara de Diputados, son ejemplos del

neoclasicismo francés.

La influencia italiana se debió a dos grandes arquitectos: Silvio Contri, quién realizó la antigua Secretaria de Comunicaciones, hoy -Museo Nacional de Arte-; y sobre todo, Adamo Boari, con el Palacio Postal, y en especial con el hoy Palacio de Bellas Artes,- que se pensaba inaugurar en las fiestas del centenario y que fue acabado en 1934 por el arquitecto Federico E. Mariscal.

Durante las fiestas del centenario de 1910 el Centro Histórico fue testigo de grandes celebraciones. Para los habitantes del Centro la tranquilidad capitalina comenzó a perderse.

Las calles comenzaron a cubrirse de signos de progreso y de muestras de inquietud. Los trenes eléctricos que partían de la Plaza de Armas, con rumbo a las “lejanas” poblaciones del Distrito Federal, sustituyeron a los de “mulitas”.

La ciudad de México en los cuarenta

El crecimiento de la ciudad respetó la arquitectura religiosa, por el fuerte arraigo espiritual. Las muestras de arquitectura civil, a pesar de que algunos de los palacios cambiaron su carácter habitacional a comercial se mantuvieron en buen estado de conservación.

La ciudad de México en 1942 tenía aproximadamente 1.212,000 habitantes, distribuidos en 1,200 kilómetros cuadrados. La atmósfera era clara y transparente, con un clima dulce y benigno, resultando raro el atardecer en que no se pudieran observar, en la lejanía, los volcanes.

Desde principios del siglo hasta los años cuarenta el arrendamiento de la ciudad de México se caracterizó por constantes aumentos en el costo del alquiler, propiciando la especulación y, debido a la total desprotección legal de los inquilinos se aplicó un decreto de congelación de rentas.

Esta política mantuvo sin variación el precio del alquiler y en 1948, la congelación de rentas, se amplió de manera indefinida. La aplicación de esta política propició el decaimiento de los inmuebles pues no podían desalojar a los inquilinos, vender ni cambiar su uso. Dicho decreto se mantuvo vigente hasta finales de los años noventa.

El cambio después de los cincuenta

La evolución y crecimiento de la ciudad de México en el siglo pasado fue vertiginoso, sobre todo a partir de los años cincuenta. Durante el primer medio siglo la ciudad siguió extendiéndose, primero hacia el sur y luego hacia el poniente. La población que en 1910 era de 721,000 habitantes poco después de la Revolución, hacia 1925, alcanzaba el primer millón.

Todo parecía indicar el fin inminente del Centro y de sus estructuras arquitectónicas, sobre todo al comenzar a ensancharse la ciudad y con el traslado de las escuelas universitarias al sur de la ciudad.

El viejo barrio universitario, que había sido el centro del mundo para varias generaciones de estudiantes, fue abandonado para poblar la Ciudad Universitaria.

Quedaba atrás la algarabía de las cuatro bellas plazas que habían sido el corazón de la vida estudiantil, la de Loreto, con la vista de la asombrosa cúpula de la iglesia, la de Santo Domingo con la vieja Aduana, la espléndida Escuela de Medicina, los Portales y el magnífico templo de Santo Domingo, la plaza Tolsá y el Zócalo.

La acelerada implantación de nuevos esquemas urbanos propició la salida del mercado de abastos y el despoblamiento del Centro y los habitantes que permanecieron, se sumaron al desatinado programa de rentas congeladas, que propició el deterioro y la posterior demolición de una gran cantidad de edificaciones de calidad.

Según se describe, "llegaron los urbanistas –cirujanos de belleza- y entraron como tromba, derribando todo lo que a su paso encontraron, por la calle más importante de México: Flamencos, que con la costumbre de cambiar antiguos nombres de calles, ahora es Pino Suárez, y, sin miramientos abrieron –en nombre de la civilización, la avenida 20 de noviembre, demoliendo el harem turco, las termas de san Felipe, doblando el templo de San Bernardo y acabando con el callejón de la Diputación, quedando sólo escombros de un México que se fue."

*Los hombres que te odian no
comprenden
cómo eres pura, amplia,
rojiza, cariñosa, ciudad mía:...*

Efraín Huerta

El inicio de la preocupación por el Centro

El agua, el drenaje, la habitación, el transporte, la vialidad y los servicios públicos se habían convertido en graves problemas. Por lo que en 1963 Don José Iturriaga alertó a los intelectuales sobre el deterioro y la destrucción del patrimonio urbanístico del Centro. Su proyecto de rescate en el que hacía propuestas concretas para su conservación, logró una respuesta muy favorable de la comunidad cultural y del que tomamos estos fragmentos:

"Por su pasado histórico, México puede ufanarse de ser capital cultural del continente americano. Concretamente, en esta capital federal, en una sola calle, hay tres testimonios de la cultura europea acarreada al nuevo mundo: la primera imprenta, la primera universidad y la primera academia de las bellas artes, razón por la cual la calle de Moneda merece el justo título de la arteria cultural de mayor abolengo del hemisferio occidental.

Está enclavada en un área citadina que habremos de llamar el barrio del México Viejo, área en la que todavía existe una gran homogeneidad arquitectónica, a pesar de cien años de destrucción sistemática."

Con esta iniciativa plasmada en ese primer proyecto de rescate se inició la política tendiente a preservar la riqueza del pasado arquitectónico, y como Iturriaga lo propuso, por razones culturales y turísticas.

De Centro a Centro Histórico

La primera de las tres intervenciones masivas para la conservación del Centro tuvo lugar entre 1978 y 1982, ligada al descubrimiento de la Coyoauhqui que abarcó la restauración y puesta en valor de centenares de edificios para museos, comercios y restaurantes en el proyecto denominado Centro Histórico: rescate de la mexicanidad.

A la vez, que se daba la demolición de toda una manzana para el rescate

arqueológico del Templo Mayor y que dejó una profunda cicatriz en la conformación urbana del centro histórico, se declaraba, mediante el decreto del 11 de abril de 1980, Zona de Monumentos Históricos al Centro Histórico de la Ciudad de México.

La Zona de Monumentos Históricos. materia de este Decreto, estableció los linderos del perímetro "A" y "B", en un área de 9.1 kilómetros cuadrados que comprende 668 manzanas y abraza 1,436 edificios.

El mismo Decreto creó el Consejo del Centro Histórico, cuyo objetivo sería el de proponer la coordinación de las actividades que requiriera la recuperación, protección y conservación del Centro Histórico.

Los terremotos de 1985

A consecuencia de los terremotos de septiembre del 85 los edificios, los servicios y las calles en general presentaban una imagen poco favorable y ocasionaron el despoblamiento de algunas zonas, lesiones considerables o incluso hasta la desaparición de edificios emblemáticos.

El interés nacional que provocaron los sismos de 1985 se tradujo en una toma de conciencia social, alerta y activa ante la posibilidad de la pérdida de nuestros valores monumentales.

Las autoridades del INAH realizaron un programa para la revitalización del Centro Histórico que se encargó de proteger de la demolición a varios edificios históricos que, por su deterioro estructural a consecuencia de los sismos, estaban en riesgo de ser demolidos y que mediante proyectos y propuestas para su restauración, fueron conservados.

La segunda intervención importante para la conservación del Centro Histórico se diseñó en 1989 con el programa integral "échame un manita" que consistía en la operación de un centro de información, apoyo y gestión por medio del cual se ayudaba a obtener licencias, créditos, proyectos gratuitos y asesoría técnica a quienes deseaban restaurar un edificio.

El principal instrumento del programa era el Fideicomiso, institución autónoma que captaba recursos y los transmitía vía proyectos u obras a los particulares interesados. El plan incluyó estímulos financieros y fiscales, que condonaban el impuesto Predial a aquellos inmuebles que se adquieren para su restauración.

Con este programa dichos recursos se canalizaron a 27 inmuebles del Centro Histórico, entre los que destacan el Museo José Luis Cuevas, el Colegio de Niñas, Leandro Valle 20 y Guatemala 18. La inversión pública se destinó a la Catedral Metropolitana, a Palacio Nacional y, al estacionamiento subterráneo frente a Bellas Artes.

Nuevo impulso a la revitalización del Centro Histórico, las obras de infraestructura y fachadas

Entre los años de 2001 y 2005 se dio un nuevo impulso a la revitalización del Centro Histórico. La conjunción de la voluntad política, con la iniciativa privada y mediante una inversión de aproximadamente cinco mil millones de pesos se intervinieron 34 manzanas desde el Eje Central Lázaro Cárdenas hasta el Zócalo, y de Donceles a Venustiano Carranza.

Como parte de los trabajos se restauraron fachadas de acuerdo a su época. Se realizó el reordenamiento de toldos, anuncios, y mobiliario urbano; el retiro de cables aéreos y anuncios. Se cambió el asfalto por concreto hidráulico y se repararon las banquetas, Se sustituyó la red telefónica por fibra óptica y la red eléctrica se hizo subterránea. Se mejoró la iluminación urbana para calles y avenidas por aspectos de seguridad y por realce arquitectónico.

Las acciones incluyeron darle vida de nuevo al Centro Histórico con el apoyo de los dos gobiernos, de la UNAM y del Banco de México, entre otras instituciones. La restauración de la Escuela de Odontología hoy, Palacio de la Autonomía y del antiguo hospital para el Espacio Cultural y Educativo Betlemitas fueron labores fundamentales que contribuyeron al rescate de la imagen y conservación del Centro Histórico en este período.

El retiro de los ambulantes

Las calles de Moneda, Correo Mayor, Corregidora y muchas otras se habían visto invadidas por el comercio ambulante. Situación legitimada por décadas de permisividad y corrupción, estos espacios, que alguna vez habían sido vía pública, no tenían otra ley que la de los acaparadores y líderes de comerciantes.

En octubre del 2007 se logró una empresa, por demás difícil, pero que le ha dado un nuevo aspecto al Centro Histórico. El retiro del comercio informal de la vía pública ha permitido que la calle de Moneda recobre su

opulencia. Corregidora ya no es más el paraíso del ambulante, y si una calle transitable que desahoga el tránsito de la Plaza de la Constitución.

La peatonalización de calles como Regina ha creado condiciones para que los habitantes transiten y aprecien los valores de la arquitectura que los rodea y modifiquen su percepción del espacio urbano, pero lo más importante es que ha mejorado la calidad de vida en los espacios públicos históricos.

El proyecto para restaurar el sistema de plazas ha dado inicio. Las intervenciones actuales en la Plaza Loreto tenderán a rehabilitar el sistema social y recreativo de estos espacios públicos y recuperarán, además, la grandiosidad de las plazas públicas que Humboldt describió.

El nuevo proyecto para introducir el tranvía en el Centro Histórico no sólo se apoya en la memoria de los tranvías que, como se comentó, partían del Zócalo. Las ventajas que representa son las mismas que en el siglo XIX, “la mejor conservación de pavimentos y mayor limpieza en las calles, los viajes se efectúan en menor tiempo y con mayor frecuencia, lo que representa, sin duda, una gran ventaja para el público, aunque su viabilidad económica se encuentra aún en revisión.

Los ejemplos de ciudades como Montpellier en Francia o Bilbao en España señalan que el proyecto del tranvía puede ser una alternativa de transporte público, confortable y silencioso.

Finalmente, con estas acciones se ha logrado revertir el proceso de deterioro del ámbito de la antigua ciudad de México. Lo importante era romper el ciclo de decadencia y las evidencias parecen indicar que esto se ha logrado, pero el proceso iniciado debe prevalecer durante varias décadas.

Lo que hoy conocemos como Centro Histórico es una pequeñísima porción de la megalópolis de nuestro tiempo. Su conservación y rescate, contribuirán al mejor conocimiento de su historia, sus valores y su aprovechamiento para la vida cultural, así como su significado de referente histórico y geográfico.

El Centro Histórico en el futuro

El Centro Histórico es escenario de la vida pública y social de los habitantes de la urbe con una traza urbana ancestral, una dimensión del espacio social vital y con una estética propia, donde la relación social, comercial, política e ideológica, converge y en un mismo perímetro, bajo un mismo escenario.

Los deseos de cómo configurar el Centro Histórico en el futuro, son la parte invisible o imaginaria de lo que se quiere tener y se propone que se piense más en el espacio público. Esto será fundamental para continuar con la recuperación y mejoramiento del Centro Histórico.

El rescate del espacio público permite tener un significado de los lugares donde se inscriben memorias y elementos simbólicos que trazan puentes entre lo individual y lo colectivo por ser lugares de carácter patrimonial, diverso y multifuncional que se han creado con una identidad propia en el Centro Histórico.

La idea de ciudad y su fundación, se basa en el simbolismo adquirido por la misma ciudad. Con la finalidad de plantear soluciones nuevas al problema de conservación del Centro Histórico se propone el retorno a esa creación original como en la ciudad ideal planteada en *Utopía* y soñada por Tomás Moro.

La transformación de todo el espacio baldío en espacio público, es la garantía para optimizar su uso y así lograr la seguridad y espacios para la convivencia. Readaptar espacios para inducir la convivencia humana y así lograr la integración de los espacios públicos dentro del Centro Histórico, deberá ser el concepto inicial del proyecto que reclaman los habitantes del Centro, a partir de su imaginario ideal.

El Centro Histórico del presente y del futuro deberá ser sustentable en el sentido social, económico y ambiental. La recuperación e inyección del agua pluvial y la reducción de emisiones contaminantes por medio del mejoramiento del sistema de transporte público, así como el uso de tecnologías que consuman menor energía son fundamentales para mirar al futuro. Es imperativo examinar el uso de la bicicleta y de muros y azoteas verdes.

La idea incluye que se pueda regenerar el agua de las fuentes públicas, a través de equipos de tratamiento y acondicionar cisternas para la recolección de agua de lluvia, recordando así la política en torno al agua seguida por los gobernantes de Tenochtitlán y por los virreyes, caracterizada por la voluntad de asegurar el aprovisionamiento de agua. Es necesario también realizar trabajos constantes para la inyección de agua al subsuelo.

Reforzar el papel de la Autoridad del Centro Histórico y del Fideicomiso es vital para que puedan desarrollar sus labores de una manera eficaz y acompañados del gobierno federal, de especialistas y de un consejo consultivo permanente realicen planos de ordenamiento y protección al patrimonio cultural con la finalidad de que la sociedad alcance mejores niveles de vida.

En lo social se deberán motivar proyectos integrales de regeneración urbana y formar grupos multidisciplinarios que elaboren diagnósticos globales y desarrollen planes maestros, así como poner en marcha programas emergentes cuando las condiciones así lo requieran.

Así mismo, la sociedad civil promoverá las organizaciones que busquen mejorar la calidad de vida en coordinación con las autoridades pues será una tarea permanente promover el diálogo con los ciudadanos e involucrar a los estudiantes.

Rescatar de todos los programas anteriores las propuestas más relevantes y aquellas que no se lograron hacer y su aplicación será la estrategia para preservar la imagen urbana de las calles de esta zona.

El Centro Histórico puede ser visto como una obra de arte, no estática, sino en movimiento, en donde la vivienda represente un papel protagónico, como principal conformador de la red urbana que sirva de sostén y le dé identidad, que la vivienda contribuya al espacio público y éste, a su vez, le retribuya a la vivienda

Algunos objetos arquitectónicos y escultóricos deberán ser considerados referentes en el tiempo. La lectura de la arquitectura debe entonces identificar el tiempo en que la obra se encuentra y es imperante ubicar los edificios construidos en el siglo XX y los que se construyan en el XXI que merecen ser conservados, debido a sus valores arquitectónicos y a sus vínculos culturales.

Las obras de Infraestructura que se deben continuar son: energía eléctrica con cableado subterráneo, agua, drenaje, telefonía, fibra óptica, e iluminación urbana,

En cuanto a la imagen urbana, señalización, publicidad o nomenclatura de tiendas y locales comerciales, supervisar las que han sido cambiadas y renovar aquellas que lo requieran

Por otra parte procurar que en los futuros cambios de pavimento se utilicen los materiales naturales tales como fueron el recinto de Iztapalapa y Chimalhuacán, la cantera de los cerros próximos a la Villa de Guadalupe y el tezontle proveniente del cerro del Peñón Viejo.

Se puede proponer un concurso para que ciertas salidas del Sistema de Transporte Colectivo Metro destaquen, por su diseño, a la manera de lo

que fueron los de París de Héctor Guimard o más recientemente, de Santiago Calatrava.

El rescate y renovación de los pasajes comerciales, así como la edificación y diseño de nuevos espacios contemporáneos en los que se desarrollen nuevas actividades, que observen normas básicas de respeto, que promuevan la vanguardia pero que al mismo tiempo respeten lo ancestral y rehabiliten zonas deterioradas, logrará la atracción de la población.

Este, nuestro Centro Histórico, es prueba de la perseverancia. No sólo depende del intelecto y de la mente, sino también de las emociones, el sentido estético y los mecanismos inherentes al aprendizaje de ciertos hábitos y reflejos por lo que hay que crear el sentimiento de orgullo y ser leales a su Centro Histórico.

El Centro Histórico ha conservado su fortaleza por su historia y centralidad, por el conjunto de funciones que mantiene, por los sitios de valor patrimonial, la banca, los servicios culturales, las funciones relacionadas con el poder público, la del comercio de mayoreo y especializado, los servicios turísticos y de esparcimiento

La Plaza de la Constitución es el espacio emblemático por excelencia. Es necesario hacer una profunda reflexión sobre lo que se debe y lo que no se debe realizar en la Plaza de la Constitución. La aplicación de normas para reglamentar ciertas actividades resulta básica.

Los habitantes de esta ciudad, nosotros, somos quienes debemos solucionar el problema del Centro Histórico, su futuro depende de nosotros. Es una responsabilidad compartida porque a todos nos afecta y nos compromete a dejar algo mejor.

Debemos intervenir con propuestas para que no se convierta en un organismo a punto de fenecer y evitar el fatal destino del presagio de Nezahualcóyotl “como una pintura, nos iremos borrando...”